



CyP
Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinaria
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 1, pp. 22-28 - ISSN 2027-5528

El trauma y la curita

Dossier especial de la revista Cambios y Permanencias

Representaciones de la violencia en la literatura infantil y juvenil contemporánea
chilena y colombiana desde 1990 y su articulación con el silencio y la memoria

Christoph Singler

Leibniz University Hannover
orcid.org/0000-0003-2418-2593



Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

El trauma y la curita

Christoph Singler
Leibniz University Hannover

Estudios de filosofía, historia del arte, antropología, literaturas francesa, alemana y latinoamericana.

Master estudios latinoamericanos y literatura alemana

Doctorado en literatura latinoamericana. Tesis de doctorado en letras hispanoamericanas por la Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1990.

Habilitación Universidad de Toulouse-Le Mirail, 2004. Título académico: catedrático emérito.

Profesor de la Universidad del Franco Condado - Francia, Profesor del doctorado en Lenguas, literaturas y civilizaciones romanas, Université de Franche-Comté, Besançon.

Miembro del comité científico de la revista *Cambios y Permanencias*.

Correo electrónico: christophsingler@gmail.com

ORCID.ID: <https://orcid.org/0000-0003-2418-2593>

Introducción

*Quise indagar sobre lo que sabían los niños.
¿Los niños? me preguntaron sorprendidos.
Sí, ¿cómo hablan de esto con los niños?, insistí, pero al ver sus caras de extrañeza, corregí la
pregunta -: ¿Ustedes hablan de esto con los niños?
...Habían pasado 13 años desde entonces y los adultos no dejaban de hablar de la masacre, no
podían dejar de hablar de la masacre, pero creían que los niños no oían.
Yolanda Reyes, Poética de la infancia*

En *El bandido*, novela póstuma del escritor suizo Robert Walser, *La Vida*, en un gran alegato contra la enseñanza escolar, afirma que los egresados de la escuela que pretenden conocerla la aburren sobremanera, pues estima que ya no le queda nada por enseñarles. Idea excéntrica que va contra todos los presupuestos actuales de la educación pública: ¿qué otra función tendría la institución escolar, si no precisamente ésta de preparar los alumnos para su existencia como adultos? Pero la idea se defiende: Walser predica una suerte de docta ignorancia, una disposición abierta a los vaivenes del destino, las sorpresas y generalmente lo impredecible de la vida, contra la presunción de planificarla y de resolver sus enigmas antes de entrar en ella. La propia literatura de Walser lo confirma; es una escritura que se practica como al andar, observando-reflexionando en el camino. De modo que, ante las impresiones que van desfilando, la escritura no dictamina: reacciona, reflexiona, se modula conforme las experiencias se van dando. A diferencia de la educación, la literatura no enseña: comparte.

El único problema es que *La Vida* no espera que termine *La Escuela*. Si es que tienen acceso al colegio, los niños se encuentran con ella a la salida todos los días. Y la infancia no es, nunca lo ha sido, en ninguna parte de este mundo sublunar, el Paraíso. Si tal cosa existe o existió, es un invento de los adultos, producto de su nostalgia. Buena parte de los clásicos de la literatura infantil, en Europa por lo menos - los cuentos de los Grimm - no es precisamente idílica: pululan los monstruos de toda laya, acechan los malandros en los pasos estrechos, y hasta hay padres que abandonan a sus hijos en el monte donde las brujas los esperan para comérselos. Todos estos cuentos están, por cierto, lejos de la vida. A distancia

permiten exteriorizar los sentimientos arcaicos del ser humano. El miedo es también una de las temáticas favoritas de la literatura infantil contemporánea: desde *Pedro y el Lobo* hasta Max y sus Maximonstruos o bien el Grúfalo, narrados en todo tipo de molde, sea el relato fantástico, de aventuras o de suspense.

No se trata necesariamente de acabar con los fantasmas, sino de perderles el miedo, entenderlos y hasta encontrarles el lado simpático, oscurecido por la fachada fea. Medida de precaución, la ficción mantiene la distancia de seguridad entre el mundo imaginario y la vida cotidiana (efectivamente puede ser útil, como recuerda Irene Vasco: tantas veces pudo hablar de la violencia a través de libros aparentemente “inocentes”). Problemas, preocupaciones, peleas, conflictos de varia intensidad: esto sí. Pero, ¿violencia? ¿No son estas temáticas que habría que evitarle a los niños? Ellos ya ven demasiada violencia en las películas de Hollywood y Disneylandia, en los noticieros, en la prensa sensacionalista. Ahora bien, otros la viven más o menos de cerca. Antes que nada, afirma Irene Vasco que “los niños están en la guerra. Los niños la viven. Puede que muchos no vivan las bombas y las minas en su cuerpo, pero todo el tiempo están oyendo los noticieros, están oyendo del paro y no hay colegio porque los campesinos están peleando por sus derechos. Nada es ajeno a ellos” (Vasco, 2013).

En otra entrevista, la escritora pregunta: “¿Violencia? ¿Dónde está la violencia? ¿En la sala de espera de un hospital sin médicos, enfermeras, medicinas ni camas? ¿En los cordones de miseria de las grandes ciudades donde se hacinan los desposeídos? ... La violencia está en muchas partes” (Vasco, 2014). Por cierto, lo que ella señala son los efectos de una violencia estructural que a su vez generan nuevos asesinatos, masacres, secuestros, desplazamientos forzados, malos tratos, y más niños en armas que la literatura de este dossier aborda.

A todas luces no hay frontera entre literatura infantil y literatura para adultos que valga, tampoco con respecto a la temática de la violencia. La cuestión no es el qué sino el cómo se muestra; hasta dónde vamos, tanto en su representación como en las explicaciones, pues sin explicación se produce el efecto nivelador que Susan Sontag denunciaba en *Ante el dolor de los demás*. Y podemos continuar preguntándonos qué se espera de estas obras: producir memoria, educación del ciudadano, fomentar el espíritu de paz, de los valores éticos en

general, de la responsabilidad, de la capacidad crítica, etc. ... Una finalidad - discutida en muchas prácticas artísticas contemporáneas - puede ser sencillamente curativa. En su bella *Poética de la infancia* Yolanda Reyes señala los límites de estos programas: puede que la literatura sea “como quien empaca un botiquín de primeros auxilios con curitas para un cáncer” (Reyes, 2016). Contra viento y marea, Reyes confía en que la “curita”, si no realiza milagros, aporta algo fundamental: compañía, comunidad, diálogo. Rosa Lidia Ruiz Soria en su estudio de dos libros álbum muestra cómo el mero hecho de narrar ya constituye un acto de liberación, de construcción de una comunidad por pequeña que sea. Por definición los libros álbum son parcos en palabras, delegando en la imagen lo que no logra decirse, de modo que lo indecible que evoca Carola Martínez Arroyo finalmente encuentra su modo de expresión por otra vía.

En el dossier que Rosa Lidia y yo constituimos para *Cambios y Permanencias*, tanto los autores como los investigadores/as comparten una serie de convicciones: primero, que esta literatura es política, y que no se puede ni se debe “preservar” a los niños de un contexto dentro del cual nacieron o que los afecta (in)directamente, porque la sociedad no ha sabido hacer memoria y justicia sobre un pasado violento o, como en el caso colombiano, sigue arrastrándolo; segundo, esta literatura no tiene vocación educativa – Daniel Rabanal lo declara con fuerza en su contribución - porque no transmite simplemente un saber, sino emociones, sensaciones; tercero, se escribe contra el silencio sobre estas experiencias traumáticas – silencio por cierto con muchos matices, como afirma Helena Urán en la entrevista que nos concedió para esta edición. Silencio impuesto por los victimarios, silencio de las víctimas, silencio de otros que se refugian en el olvido, y otra forma de silencio más torcida que menciona Ignacio Scerbo citando a Cecilia Bajour: “La saturación incontinente de palabras... tapa los poros por donde respira lo callado” (Bajour, 2016).

El consenso deja mucho margen para matices, tanto en cuestiones estéticas como éticas. Por un lado, Daniel Rabanal defiende su estética de una imagen sin edulcorantes – por otro lado, en la conversación con Irene Vasco que sostuvimos para este dossier, ella afirma que en su última novela *El último vuelo de Hortensia*, destinada a un público joven y adulto, se sentía liberada de los requisitos que pesan sobre la literatura infantil. En realidad, el “cómo” es clave: no se puede poner al joven lector delante de los hechos sin algún tipo de precaución,

dorando la píldora amarga en cierto modo. Martínez Arroyo, escritora que defiende un posicionamiento político e ideológico abierto, se interroga cómo representar lo traumático: es imprescindible construir un relato ordenado que permita construir sentido sin dar una respuesta de antemano. Ignacio Scerbo escribe que introducir un efecto de belleza es “una precaución moral”. Cambio de estilo, de perspectiva narrativa en la obra de Irene Vasco, pero también escapó de la censura a que se somete gran parte de esta literatura que se destina al mercado de libros escolares.

Donde hay censura hay política, pero la censura no está solamente en las instituciones estatales y religiosas. Quizás también en nuestras cabezas subsisten imágenes demasiado idílicas sobre víctimas inocentes de tiranías y vilezas, víctimas también de espejismos inculcados por adultos. Rara vez se les percibe como actores. Pilar Lozano, en *Era como mi sombra* (2016), introdujo al niño/adolescente en armas, forzado a matar. Carlos Sánchez Lozano aporta un estudio sobre las relaciones entre el periodismo y la ficción en esta obra. Jairo Buitrago recordó en *Niños con bayoneta* (2017) su participación – forzada – en la Guerra de los mil días. Hadassah Stichnothe discute a su vez tres novelas que cuentan de los niños/adolescentes judíos combatientes en la lucha contra la ocupación nazi y la insurrección del gueto de Varsovia; se trata de acabar con la imagen persistente del judío que se deja llevar como carnero a su exterminio. Estas obras rompen con el tabú no tanto de la violencia a secas, como de la violencia ejercida por niños. Para representarla los autores de estas obras le ponen como marco las convenciones de diversos géneros.

Otra contribución que debería ser tomada muy en cuenta es un estudio realizado por Silvia Garza en el DF de México sobre la violencia latente en el discurso infantil: ellos heredan unas pautas culturales fomentando la aceptación de la violencia como resolución de disensos y conflictos. Mencionemos también el libro impactante de Francisco Montaña Ibañez, *No comas renacuajos* (2008), sobre unos hermanos viviendo solos en Bogotá; el mayor, desesperado, está en posesión de una pistola. Más optimista, Sánchez Lozano muestra la complejidad del adolescente guerrillero que narra su historia en *Era mi sombra*, construyéndose “una identidad distanciada de la influencia de los adultos que lo han manipulado”. Otro ejemplo de la capacidad que tienen los niños para intervenir en el mundo

de los adultos, es el narrador de *La composición*, de Antonio Skármeta (2000) que esquivo sutilmente la trampa que les tiende el régimen pinochetista.

Sí, los niños son el futuro, al tiempo que son herederos; no se les puede reducir a la condición de meras víctimas, porque son al mismo tiempo los actores de este futuro, desde ya. Advierte Beatriz Eugenia Vallejo Franco (2018) que para los niños “el ser reconocidos como sujetos de memoria es un derecho que [...] se debe conseguir de manera inmediata”. La literatura infantil puede ser su aliado catalizador. Gracias a las preguntas de su hijo Manuel, Helena Uran se lanzó a escribir su historia, más de treinta años después del asesinato de su padre en la retoma del Palacio de Justicia en 1985. A Manuel y todos los niños que buscan respuestas le dedicamos este dossier.

Christoph Singler

Mayo 2021

Referencias bibliográficas

Bibliografía

Bajour, C. (2016). *La Orfebrería del Silencio*. Buenos Aires, Argentina: CalibroscoPIO.

Lozano, P. (2015). *Era como mi sombra*. Bogotá, Colombia: SM.

Montaña Ibáñez, F. (2008). *No comas renacuajos*. Bogotá, Colombia: Babel Libros.

Reyes, Y. (2016). *Poética de la infancia*. Bogotá, Colombia: Luna Libros.

Skármeta, A. (2000). *La composición*. Caracas, Venezuela: Ed. Ekaré.

Sontag, S. (2021). *Ante el dolor de los demás*. Barcelona, España: Libro de bolsillo.

Vallejo Franco, B. E. (2018). La construcción de la memoria histórica desde los niños, niñas y adolescentes en Colombia. En M. I. Bernal y A. I. Mendieta (comp.). *Cátedra Educación para la Paz y la Formación Ciudadana 2014-2017* (pp. 148-179). Bogotá, Colombia: Editorial Universidad El Bosque.

Vasco, I. (2016). *Cuando los libros crecen. Literatura y violencia*. Recuperado de <https://cuatrogatos.org/detail-articulos.php?id=811>

Vasco, I. (5 Sep. 2013). La literatura entabla diálogos. Entrevista a Juan David Torres Duarte. *El Espectador*.

Walser, R. (2004). *El Bandido*. Madrid, España: Siruela.